

SERMON

DE SAN FRANCISCO JAVIER.

(DE TRENTO.)

Magnus es tu, Domine, et faciens mirabilia : tu es Deus solus.

Tú eres grande, Señor, y hacedor de maravillas : tú solo eres Dios.

Salmo 85. v. 10.

Si es cierto, como notaron muchos, que un mismo estilo observa el divino y supremo Administrador y dueño de las humanas vicisitudes en los dos diferentes órdenes de la naturaleza y de la gracia, os ruego, señores míos, que hagais ahora conmigo una reflexion, cual es que aunque sobre todas las cosas naturales haya Dios, como se dice en el Eclesiástico, derramado su sabiduría, y por lo mismo cualquiera que las examine con atencion reconocerá fácilmente en todas ellas la mano del Criador; no en todas quiso mostrarse de un mismo modo aquel gran Señor que es, ni manifestar en todas tan claramente su magnificencia y su gloria. Con un fin tan sublime ha elegido, ó por hablar con Job, ha extendido ó abierto á manera de un libro los cielos, cuyo especial oficio segun el testimonio de David, es el contarse recíprocamente y el exaltar á un mismo tiempo con sus armoniosos giros las glorias del Señor; ó por decirlo mas bien, en los cielos mismos, segun añade el Profeta, ha escogido como el lugar mas conveniente para poner su magnífico tabernáculo no el ménos adornado y bello, sino tan solo la pura é inmortal luz del sol. Por un estilo muy semejante sucede lo mismo en el órden mas elevado y sobrenatural de la gracia. Grande ciertamente y maravilloso es Dios en todos sus santos: pero de tal manera que no en todos igualmente, sino en cual mas en cual ménos quiere que brille su grandeza. Hay tambien

en este mundo sobrenatural sus cielos, en los cuales quiere Dios hacer ostentacion de su gloria con mas clara y brillante luz; pues cielos son en sentir del gran pontífice san Gregorio, cielos ricos de belleza y de luz los santos apóstoles, en cuyo número si hoy pongo al glorioso santo de este solemne dia, Francisco Javier, no habrá quien pueda disputármelo, habiéndole aclamado ya de universal consentimiento toda la iglesia por apóstol de las Indias. En esta suposicion, á consecuencia de lo dicho hasta aquí, añado que es Francisco Javier uno de aquellos cielos de que ahora os hablaba, uno de aquellos cielos cuyo brillantísimo giro eligió Dios para mostrar su grandeza al reverbero de una luz muy resplandeciente y singular; por lo que insinuándoos desde luego mi pensamiento, si vosotros al oír nombrar á Francisco Javier os sentís por ventura impelidos á decir: Ó grande hombre! Ó grande apóstol! Ó gran santo! yo me siento únicamente estimulado á exclamar: Ó Dios omnipotente! tú eres grande y hacedor de maravillas: tú solo eres Dios. Por tanto, despues de haberlo examinado bien todo y procurado reconocer á nuestro apóstol en todos sus aspectos, solamente encuentro un hombre en quien Dios quiso mostrarse grande, solo grande y grande sin reserva: grande primeramente y solo grande por los inmensos trabajos que le hizo padecer en el ejercicio de su apostolado, confortándole para que los superase con una fortaleza mas que humana: grande en segundo lugar y solo grande por las innumerables y magníficas empresas para que le destinó en desempeño de su apostolado, animándole para que las llevase á ejecucion con una increíble celeridad; y grande en fin y solo grande por los estupendos é inauditos prodigios con que le honró en el curso de su apostolado, ensalzándole para que los obrase con un poder casi divino. Esto es lo que me parece debo exponeros, no tanto para ensalzar la grandeza de Francisco segun Dios, quanto para ensalzar la grandeza misma de Dios en Francisco; por manera que vueltos siempre á Dios digamos: tú eres grande, Señor, y hacedor de maravillas: tú solo eres Dios.

No nos detengamos, señores, á considerar ninguna de las grandes y maravillosas cosas que deja hechas Javier en Europa. Muy agradecidas conservan su memoria y hablan de ellas con asombro las mas principales y célebres ciudades, toda la Italia, toda la Francia y hasta donde llega la extremidad del mar su

patria España. Por mas que digan, al pintar en vuestra imaginacion con vivos colores un apóstol, no harán otra cosa que delinearos un Javier, ó al retrataros el carácter de Javier en Europa, únicamente os presentarán un pequeño bosquejo de Javier en las Indias. Y si en este aprendizaje ó ensayo de su apostolado pasó tantas penas y trabajos, que con su peso cayó mortalmente enfermo en Vicencia, habiendo sido necesario que viniera visible desde el cielo el doctor san Gerónimo para curarle y sacarle del peligro, ¿qué será cuando se halle en el mas impetuoso curso de su ministerio y en la fuga, por decirlo así, de sus fatigas allá en el oriente?

Parta pues ya de nuestras orillas, una vez que ha sido prometido há tantos años en muy claras profecías á los reinos del Asia, y una vez que les pertenece por esta causa. Y tú, venturosa nave, que llevas contigo sin saberlo las esperanzas de un mundo entero, ve y camina alegre con mercadería tan rica y excelente. Pobre y con un vestido andrajoso cual le recibiste y le ves, sin mas equipaje para tan largo viaje que un breviario y un crucifijo, es legítimo descendiente y heredero de la sangre real de Navarra, doctor y maestro en la universidad de la Sorbona en las facultades mas sublimes, nuncio y legado apostólico, condecorado con una amplísima y sobrenatural autoridad: y por lo demas de un genio tan amoroso que á todos quiere complacer y agradar; tan tierno de corazon que no puede ver las miserias de otros sin sentir las; tan duro no obstante é implacable consigo mismo, que para atormentar y despedazar su propia carne ya con cilicios, ya con ayunos, ya con azotes, no conoce ningun exceso: de un alma por otra parte tan pura é inmaculada, que hasta durmiendo ahuyenta con impetuosos chorros de sangre las fantasmas impuras: tan querido del cielo, que tiene de allí frecuentes visitas, y tan enamorado de Dios que al contemplarle se arrebata en un dulcísimo éxtasis, enajenado de sus sentidos y elevado de la tierra aún corporalmente. Ya lo sabrás con gran provecho tuyo, afortunado leño, que impelido de los vientos te engolfas á velas llenas en alta mar, cuando dentro de pocos dias veas desterradas por él la murmuracion de los corrillos de los ociosos, y las blasfemias de las mesas de juego, é introducida la modestia en los camarotes de los licenciosos; y cuando le veas hecho médico, padre, enfermero, criado y todo de todos asistir á todos y servir

á todos, y ademas confesar, predicar, administrar los sacramentos, velar por la noche á lado de los moribundos casi moribundo él mismo, hasta que despues de un viaje de mas de quince mil millas entre deliquios mortales en las calmas de la Guinea, entre bascas y náuseas intolerables cerca de las costas de África, y entre formidables tempestades cerca del cabo de Buena Esperanza, habiendo santificado de paso á Mozambique, reformado á Melinda y convertido solo con señas (¡ó señas prodigiosas!) la isla de Socotora, llegó á los trece meses de haberse dado á la vela en Europa á poner por fin el pié dentro de Goa, capital de las Indias y término suspirado de sus deseos. Angeles custodios de aquellas últimas playas del mundo, moved en señal de grande alegría las alas, y partiendo veloces llevad á los miserables habitantes de aquellos remotos países, la agradable noticia de haber arribado ya á sus confines el esperado libertador (1).

Entre tanto vosotros, mis amados oyentes, para concebir alguna idea de la ardua y molesta empresa para que estaba destinado Javier, echad aunque sea de paso una ojeada sobre una infinidad de poblaciones, de ciudades, de tierras, de islas, de provincias, de reinos esparcidos por el inmenso océano y por las costas del Asia, así del lado de acá como del lado de allá del Ganges. ¡Qué oscura é impenetrable noche tiene en tinieblas aquellas regiones, y cuán densa nube de supersticiones, de pecados y de errores las cubre todas! ¡Qué extraña confusion y mezcla de sectas segun el arbitrio de cada uno! Quien es judío, quien gentil, quien ateo, quien idólatra, quien mahometano, quien no profesa ninguna fe ni religion, y ninguno tiene conciencia ni ley. Mirad allí devorarse (qué cruel espectáculo!) en un alegre convite los miembros de los infelices que han sido muertos, allí arder vivas en las piras abrazadas de los cadáveres de sus maridos las mujeres, allí encerrados vivos en los sepulcros de sus señores los esclavos, allí adorarse con oraciones, con ofrendas y con inciensos, como dioses del cielo, las bestias y brutos de la tierra, y allí hasta degollarse en los nefandos altares, por hacer este horrendo sacrificio al demonio y sus hijos. Donde brilla alguna noticia ó algun conocimiento del verdadero Dios, ¡qué deshonesta é insolente es como llevada en triunfo

(1) *Isai. c. 18. v. 2.*

la impudicia, y qué vituperable libertad y execrable corrupcion de costumbres radicadas por el uso, sostenidas por la autoridad y aun acreditadas por los sacrilegios, se advierten en todas partes! Tal y mucho mas escabrosa y dilatada que lo que digo es la carrera que debe correr infatigablemente nuestro Francisco. El alto ministerio para que le ha elegido el Señor, es el mismo de Jeremías: el de extirpar y destruir, el de arruinar y disipar, el de edificar y plantar (1). Sí, Francisco, este interminable espacio de países, estas naciones, estas gentes están confiadas á vuestro cuidado. Vuestra ocupacion será arrancar vicios, demoler templos, arruinar ídolos, disipar errores, confundir sectas, erigir iglesias y fundar la cristiandad. Qué decís? Una obra de inmenso trabajo y de dilatados afanes se ha puesto á vuestro cargo; mas ya os lo predijo bien claro aquel negro etiope, que os pareció en sueños llevabais sobre vuestros hombros con tanta fatiga, que os visteis extenuado, lánguido y lleno de sudor al despertar por la mañana. El tiempo pues ha venido y ya os esperan destemplados climas, desiertas playas, horrorosos bosques, espantosas rocas, saetas, venenos, naufragios, tierras solitarias y pueblos salvajes en los cuales ántes que el ser de cristiano debeis imprimir el ser de hombre.

Mas no temo ninguna de estas cosas, paréceme oírle responder con el apóstol san Pablo, ni hago mi propia vida mas preciosa que á mí mismo, con tal que acabe mi carrera y el ministerio de la palabra que recibí de mi amado Jesus, para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios. En efecto nada amedrentado con tantos y tan grandes peligros que á cada paso se le presentaban, y cuidadoso tan solo de desempeñar fielmente su ministerio, se dispone generoso para la empresa. ¿Á qué lejano é inaccesible rincón del universo os habreis refugiado, pueblos desconocidos, ocultándoos por decirlo así hasta de los rayos del sol, que no hayan llegado los benéficos influjos de su caridad? ¿Estais por ventura extraviados y sepultados en el corazón del océano y en el seno de islas abandonadas? Sin embargo Francisco irá á buscaros atravesando los mares mas borrascosos, con peligro muchas veces y por muchos dias de naufragar en las airadas olas. ¿Estais acaso retirados y ocultos detras de impenetrables trincheras de altísimos montes y esco-

(1) Jer c. 1. v. 10.

llos? No obstante Francisco trepará con los piés y las manos por las ásperas rocas, teniendo muchas veces el cuerpo suspenso en el aire, y fiándose solo de un infiel vástago, con manifiesto y evidente peligro de caer precipitado. Adonde quiera pues que os haya desterrado la naturaleza, se presentará á vosotros, sin detenerle hasta que os halle, ni los valles mas profundos que atraviesa sin guía ni sendero, ni los torrentes mas rápidos que vadea con el agua hasta la garganta, ni las selvas mas oscuras y espesas en que se abre camino con el pecho por medio de las espinas y de los troncos. En una palabra, no hay quien se oculte de su ardimiento y actividad. Les busca por todas partes siempre á pié y muchas veces descalzo, aun por las abrasadas arenas de la Pesquería, sufriendo ardentísimos soles, aun por las heladas montañas del Japon en los frísimos inviernos, y aun siguiendo por hielos é intrincadas y pedregosas sendas, en calidad de criado, con su propio fardo y el de otro al hombro la veloz carrera de un japonés montado en un buen caballo, hasta señalar con sus caídas y su sangre todo el camino de Meaco. Y ¿cuál será su alimento para soportar tantas fatigas? Cuando no pasa los dias sin ninguna especie de comida, toma un poco de arroz chamuscado y agua clara, y será un gran regalo añadir tal cual vez algun pecezuelo. Y su descanso cuál es? De dos ó tres horas donde quiera que le anochece, en una choza, en el hueco de un roble, al raso ó al sereno, en medio de los campos, rodeado de lobos y entre el estrépito de las tempestades y los espantosos rugidos de los hambrientos leones. Mas ¿no hay otro descanso? Sí, pero este solamente le disfruta, cuando llega todo mojado por el sudor ó por las lluvias, casi sin respiracion y medio muerto, adonde se hallan algunas gentes, y las predica la ley de Jesucristo, las explica los misterios de la fe y las anuncia el Dios de los cristianos; y si en el discurso de su razonamiento observa que alguno desea ser agregado á los fieles, olvidado todo su cansancio, comienza por estrechar tiernamente contra su pecho, como una madre amante, á cada uno de aquellos bárbaros, y despues prosigue tan extenuado y débil como se halla, instruyéndoles uno por uno desde los primeros principios con indecible contento. Son feroces y los amansa, son rudos y los enseña, son groseros y los tolera, son sofisticos y los convence, son tímidos y les hace tener confianza, están dudosos sobre el camino que de-

ben seguir, y se le muestra : tanto mas incansable y vigoroso cuanto mayor es el número de neófitos que prepara para el bautismo.

Bien sabe Francisco qué nueva y gran cosecha de penas y trabajos ha de coger con semejante conducta. Por ella es mal visto, odiado y perseguido. Pero ¿de quién, oyentes míos? De todos : de los demonios, porque les quita sus adoradores y adoraciones, y así en Meliapur muchas veces le lastimaron con terribísimos golpes toda su persona : de los bramanes, impíos sacerdotes de los idólatras en las Indias, porque hace cesar el concurso á sus templos y juntamente las ofertas, y por tanto en mil ocasiones le armaron lazos para quitarle ocultamente la vida : de los bonzos, ministros idólatras en el Japon, que continuamente le buscaban con piedras en la mano para matarle, y alguna vez valiéndose de la furia del pueblo le arrastraron hasta el patíbulo para colgarle, no habiéndose podido libertar de este peligro sino por milagro. Y de quiénes mas? De los cristianos mismos, unos sumamente codiciosos, y otros sumamente lascivos. Y pasando en silencio lo demas ¿quién puede recordar sin lágrimas ni horror la terrible tempestad que padeció cerca del término de sus dias, esto es, en un tiempo que su nombre, cuanto mas su persona célebre ya en todo el oriente por las conquistas hechas á la idolatría, era un nombre venerable y glorioso aun entre los gentiles? Entónces fué sin embargo cuando llegó á ser el oprobio de una ciudad cristiana, cuando llegó á ser escarnecido públicamente como un simple, infamado como un hipócrita, ajado como un soberbio, aborrecido como un hechicero, y de consiguiente por la hez mas vil de la plebe en las esquinas de las plazas y calles siempre que se le veía, recibido con maldiciones, improperios y pedradas. Tú lo viste, Malaca, tú que derramaste sobre su cabeza tan atroz lluvia de males. Ah ingrata! Y ¿por qué delito? ¿Acaso por que expuso demasiado su vida en servicio de tus apestados moradores, ó porque amenazada tú de los azenos tus formidables enemigos, te libertó piadoso de un grande estrago defendiendo y ayudando á tus combatientes! Si no es por esto, habla y di cuál es su delito. Mira ahora al pobre apóstol penetrado de dolor y lleno de amargura caminar solo por las playas del mar, y volver á ti como el Redentor á Jerusalem, sus ojos llorosos. Ah Malaca! ¿entiendes tú esta mirada? ¡Infeliz de tí

si la entiendes y aun mas infeliz sino la entiendes! Ya te ve y te llora castigada con el azote de la exterminadora ira de Dios, que descargándose atrozmente sobre ti en la mortal pestilencia que ha causado en tu seno, te conduce á la funestísima desolacion que ha de consumirte hasta los huesos.

Mas vosotros, oyentes míos, viendo á Francisco tan triste y dolorido no le creais ya enfadado ó cansado de padecer. Mostraréis conocer muy mal su magnánimo y fortísimo corazon, si así lo pensais. ¿No le habeis oído enajenado de su caridad hablar á solas con Dios, cuando con ojos proféticos miraba una por una las innumerables cruces y penas que habia de padecer en el ejercicio de su apostolado? Aun es poco todo esto, exclamaba en alta voz : mas, Señor, todavía mas. ¿Qué penar es este, Dios mio, que no me quita la vida? ¿Para qué son los impetuosos torrentes y terribles naufragios que me hacen fluctuar tantas veces y por tantos dias en medio del océano, si ninguno me sumerge? ¿Para qué son aquellas temibles lanzas y saetas cuya punta veo tantas veces dirigida á mi pecho? ¿Es posible que sacándome algunas muchas gotas de sangre, no haya ninguna que me atraviere y parta el corazon? ¿Es posible que entre fieras salvajes en las selvas, y entre gentes en lo poblado mas salvajes que las mismas fieras, no encuentre alguna que por último me quite la vida? ¿De qué sirve, Señor, que me mostreis las islas peligrosas y formidables del Moro, su aire nocivo y sus mortíferos venenos, si no me han de dar la muerte? ¿De qué sirve que me deslumbreis la vista con cimitarras y espadas, sino me han de hacer pedazos? Ah Señor! mas, mas. Veo tantos de mis hijos (amados hijos que con grandes penas he hecho renacer á la fe) en las costas de la Pesquería muertos y dispersos ceñir la hermosa corona del martirio : veo otros tantos y aun mas en Amboina y en el estrecho de Manar, y yo solo que soy su padre y su apóstol no me veo condecorado con semejante honor. Bien sabeis, Dios mio, que todo y lo único que deseo de vos, es morir por vos. ¿Quereis, Señor, tenerme á mí mas miramiento? Tenedlo, no me opongo á ello; pero yo os diré en qué lo habeis de tener. Tenedlo en esos consuelos demasiado dulces y copiosos que inundan mi espíritu. Sed reservado en ellos, Dios mio, porque yo no puedo resistir á tanto. Han sido superabundantes vuestros consuelos, y ya basta de ellos ; mas no puedo decir lo mismo de las penas y trabajos, y